



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9691

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 22 DE FEBRERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden transportarse fácilmente.—Cocinas con hornos muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

EL ROBO.

(COLABORACION INEDITA.)

Le llamaban el infeliz en sus mocedades, (hasta que le aplicaron el mote fue Felipe á secas) y sin embargo tenía un buen corazón; era valiente y sufrido á prueba de infortunios. Empezó la lucha muy pronto y llegó á hombre hecho ya á las borrascas, con mucha trastienda de la vida y tan rico en amarguras como pobre era en condición social: un «Don nadie» bestia de carga en todas las ocupaciones, si las había, siempre desheredado y solo, á múltiple labor sugeto y sin oficio que le permitiese hacer cálculos para lo porvenir.

Pero conforme se veía aperreado y caído de bruces en aquella noche negra y pavorosa, sentía por allá dentro, muy hondo rescoldo y afán de goces confusos y sabrosos bienandanzas. Esto le fortalecía y le animaba á vivir y á luchar, presándole resignación en los más duros quebrantos. Aunque no estaba muy fuerte en los *tiquis miquis* psíquicos de la fé, ello era que Felipe se presentaba de hora en hora más bondadoso en realidad, más infeliz para el vulgo. Y naturalmente, el vulgo le atenaceaba y le acometía con mayor empuje de humillarle. Acontecía entonces que se ensimismaba más, haciéndosele vivas y penetrantes, hasta herirle en el pensamiento, las visiones internas manifestadas en deseos todavía intraducibles. Y acómabase el gozo traidoramente á los labios con vaguedad beatífica, cosa que ya comentaban con donaire zumbón «los de su círculo», siempre dispuestos á reír á costa suya...

A llevarle qué comer al capataz de la obra en que Felipe trabajaba como albañil, como peón y como siempre en lo más rudo, en amasar yeso y acarrear costales y echarse pesadas vigas al hombro, iba una moza, de aspecto dulce y tímido, no muy guapa, pero sí garrida, de ojos negros y maldades y suaves y delicados contornos. Tenía muy breve el pie, muy blancas las manos y muy encendida la boca. Llamábase Irene.

Al principio la doncella, testigo de la iniquidad con que se torturaba á Felipe, contemplábale compasivamente por el rabillo del ojo; des-

pués se atrevió á consolarle con la mirada y acabó por sentir tristeza y enfado de aquellas insolentes mortificaciones. Pensaba: «pues es más buen mozo que todos ellos.» Y si lo era: de faz curtida, pero dulce como la de un Cristo, haciendo que se le pareciese más aquel tinte de amargura que reflejaban sus ojos; de barba abundosa y suave, casi atlético, robusto, Felipe, que estaba á la sazón en lo más dulce de la juventud, había despertado el interés, la curiosidad y el amor de la moza. El por su parte, fue notando con asombro primero y con placer más tarde aquel afecto sugestivo. Entablóse confianza entre ambos, habláronse de cuando en cuando algunas palabras, hicieron á poco más largos los paliques y... concluyeron por pensar seriamente en la peor cosa que puede ocurrírsele á un hombre infeliz: «en las nupcias.»

Total: que, como el padre había consentido, fueron á recatar su pobreza y su dicha en un zaquizami de extramuros, limpio como el oro y abierto al aire y á la luz. Felipe andaba alborozado y ebrio, creyéndose que había concluido para él aquella larga y tétrica noche.

Pero se equivocó: luego echáronse los hijos y las penurias todo en una pieza: ¡qué horrible año aquel! Mucha nieve y poco pan. Murióse el suegro, que le procuraba labor continua, y vinieron las semanas largas, con la escasez de recursos y la brega inacabable en demanda de oficio. ¡Oficio! él no tenía más que brazos de que valerse y brazos sobraban en el pueblo.

Imaginó Felipe haber caído en un pozo negro, muy negro y profundo, muy profundo; ¡no, no podría nunca ver la luz del sol! Cuando él era misero manco pasaba muchos días sin comer y lo resistía su estómago; ahora parecía que todo el hambre de su esposa y de sus hijos hacía presa en sus entrañas: ¡era él, él solo quien estaba hambriento! ¡Y aquellas noches horribles pasadas en insomnios, ateridas las carnes, obscuro el pensamiento, el alma helada! Ya no supo como resistir la tortura, y acaso por primera vez sintió la cruz del mote y fue lo que quería el vulgo que fuese: «el infeliz» pensó en matarse. Cuando salió del zaquizami se tambaleaba como hombre ebrio y anduvo á la ventura sintiendo por allá por lo íntimo también, no se qué helado soplo de muerte; pero se le abrasaba la cabeza y tenía la garganta como si hubiera tragado mucho polvo. Aferrábase á la idea vil, pero no atinaba con la forma del suplicio. «Se mata uno de cualquier modo, aplastándose la cabeza con un pedrusco...» Produjole la imagen sensación de asco y casi en voz alta murmuró: «de un pistolazo, mejor... es lo más digno.» Sí, sí ¿y donde estaba la pistola? ¡Si tuviera dinero! Lo pensó tal como lo pongo; lo pensó él Felipe, que no comía ni daba pan á sus hijos por falta de recursos.

Era noche obscura, gris el cielo, nevado todo. «Si pasara alguien...» ¿Pediría limosna? No, no pensó tal Felipe: él solo pensaba en morir...

y le faltaba dinero para matarse. ¿Robaría, pues?... Robó, efectivamente, robó el Felipe, «¡uf infeliz!», el de las visiones íntimas, el de los arrobos beatos, creo que con la inconsciencia de la sujeción que aloca, de la fiebre que exalta, del nervio que se irrita... Allá, zaguero, pasmado y temeroso, caído en la nieve (porque la acometida le hizo resbalar y caer) quedaba uno, el robado; y él corría, corría apretando el puño, haciendo por recordar en qué punto podrían darle una pistola á trueque de aquel puñadito de plata.

En las vueltas y revueltas que dió, saltó al paso una panadería que reflejaba á través de los vidrios su luz débil sobre la nieve del arroyo... se detuvo como si sintiera una mano pesada, que le hería en mitad de la frente, alborotándole la sangre y revolviéndole todas las ideas: pensó en aquel rincón helado, en las figuras escuálidas, moribundas, frías; acometióle no sé que indefinida zozobra, que era vergüenza y espanto á la vez, y entró en el tenducho, y arrebató más que pidió un pan, dos panes, tres panes, saliendo á poco con la prisa del que corre, con el anhelo del que vuela, temeroso de no llegar nunca.

Pero él llegó al zaquizami, y llegó cuando la madre desahogada, sin fuerzas para sostener su propia desgana, con la crin vedijuda, con los ojos inyectados, loca de fiebre y desolación... apretaba, queriéndole beber el aliento y la vida, á uno de los andrajosos menicacos que lloraba cruelmente quejándose del hambre vil...

J. F. LUJAN.

Un chaleco perdido.

Leo en «El Mediterráneo» que se ha perdido un chaleco el domingo de piñata y que el que lo haya encontrado y lo presente en tal parte se le gratificará etc., etc.

¡Perdese un chaleco y el día que tuvo lugar el baile de piñata en Cartagena! ¡Horror!

Yo comprendo que tan necesaria y útil prenda se hubiera perdido en los días de Carnaval, en aquellos días en que el mundo vivía preso en las dulces cadenas de Momo y Terpsicore, en que la locura era la norma de la vida; en aquellos días de placer y orgía, no digo yo chalecos, comprendo que se extraviara hasta hábitos de fraile, sotanas de cura y tocás de monja, pero en la cuaresma, en que todo es circunspección y caminar con los ojos bajos, y darse golpes de pecho y maldecir de la carne fresca que tanto nos ha hecho pecar y trocarse por el fétido y apergaminado bacalao; en Cuaresma en que si se va al baile es muy de tapadillo, extraviarse un chaleco!

¡Scho King! que aquí quiere decir poco más ó menos, ¿chalecos en cuaresma?

Pero como iría ese chaleco para perderse, le faltarían botones, estaría sin trinchas, sería un chaleco del que no quedarán ya ni las hechuras.

Meditemos ya que en cuaresma estamos.

Es el chaleco una especie de justillo sin mangas ni faldillas y con muchos agujeros. Dos grandes para los brazos, seis, ocho ó más para los botones, decorado por arriba... en fin que un chaleco, á qué describirlo, es un chaleco y

nadie hay que no sepa lo que es y como es. Y tiene como cualidad más apreciable que ajusta á todos los cuerpos, es decir que á grandes y chicos, gordos y flacos les viene bien el mismo chaleco, ¿que es ancho? se le aprieta la trinchas y ciñe como un guante; ¿que es estrecho? se abre por detrás.

Lo raro es que un chaleco se pierda, pero como hay tanto y tanto chaleco por el mundo, parecerá; y no hay que escamarse por el número de chalecos que en el mundo hay.

Se hace un traje; lo primero que se rompe es el pantalón, después la prenda de cuerpo (frac, levita, chaqué) cuando todo está ya roto ó deteriorado, aún sigue el chaleco prestando servicios.

¡Por eso hay tantos!

Si fuera una americana ya la cosa varía de aspecto, hay muchas, pero en esta tierra no abundan y no digamos nada de los rusos: Hay chaleco que no se ha visto uno encima en toda su vida.

RI-KI-KI.

TIJERETAZOS

Los moradores de cierto barrio de Granada, andaban estos días asustados porque habían notado en las calles á altas horas de la noche la presencia de algunos hombres disfrazados de mujer.

La policía se enteró del asunto y se puso en campaña desde luego.

¿Y qué querrán ustedes creer que han desenterrado?

Una partida de ladrones disfrazados de ladronas.

Este año no se celebran las procesiones de Lorca.

Hace tres días y previa la citación correspondiente debían reunirse los presidentes de las cofradías.

Pero llegada la hora quedó la junta desierta por no asistir ninguno de los citados.

Ni aun el presidente que citaba.

En vista de esto, se puede asegurar, como hemos dicho, que este año no hay procesiones en Lorca.

En la provincia de Málaga hay también ladrones que roban por hambre.

Varios de ellos han robado un cortijo en Estepona, llevándose 98 kilos de tocino y una fanega de garbanzos.

Lo dicho: esos no son ladrones de profesión si no gente que carece de comida.

La prensa nos dice que el cólera se propaga en Constantinopla.

Dicha completa.

Cólera por un lado y bombas por otro.

Y al paño D. Germán para ayudarnos á bien morir.

De la sala de presos del hospital provincial de Oviedo se han fugado dos penados.

Nada tiene de particular.

Más difícil es que se fuguen de las cárceles y se fugan.

En París han sido presos dos anarquistas en el momento de colocar unas bombas en la puerta del Teatro de la Opera.

¿Tres atentados en un día! ¿Acaso viene ya la fin del mundo?

Un habitante de Madrid, banquero, industrial, rentista ó lo que sea, ha publicado un folleto en defensa de las poblaciones lineales.

Según ese sistema, Londres debía ser una sola calle de quinientos kilómetros. Nos parece bien, pero hay una dificultad.

Y es que si por causa de un robo ó de un incendio hubiera que reunir por medio del pito á los serenos de una calle tan larga, ya habría llovido cuando llegaran los de los extremos.

Por lo demás, nos gustaría ver á Madrid tendido desde el Gorguel hasta la Concha de San Sebastián.

¡Vaya unas provincias que habría entonces!

Aunque tal vez no se llamarían provincias si no tiras.

NOTAS

Ya lo saben nuestros lectores. El anuncio echado á volar por los periódicos madrileños, referente á que el ministro de Marina proyectaba la construcción de una flotilla de cañoneros, destinada á prestar servicio en las costas de Cuba; es prematuro, tanto, que el mismo ministro de Marina dice, de su puño y letra, que hasta ahora el asunto no ha pasado de propósito y que le faltaba bastante para llegar al período de realización.

Y dice más el ministro de Marina contestando al Sr. Aznar, que le interesaba reiteradamente que reparara las construcciones de modo, que sin desatender la protección á la industria privada, atendiera, como es debido, y de justicia, á los arsenales del Estado. Dice que nunca fue su ánimo desatender la vida de los arsenales militares y que cuanto se ha dicho de concurso, no es más que pura fantasía; pues su propósito no es otro que el de repartir las construcciones de un modo equitativo, dando á los arsenales lo que de derecho les corresponde, y sacando á concurso el resto para adjudicarlo á la industria particular.

La contestación nos satisface, como satisfará, indudablemente, al senador por esta provincia, que tanto trabaja y con tan buen resultado, en pró de la vida de este astillero. Y nos satisface, por que jamás obedecieron nuestros deseos al impulso del egoísmo, sino que se basaron en un espíritu de ley y de justicia.

Podremos rebelarnos contra la pretensión y censurar con acritud el propósito de sacar á concurso veintitres buques para que la industria particular se los dispute y los construya; pero desde el momento en que se manifiesta que los arsenales del Estado han de ser considerados como siempre, en primer término, ya no encontramos motivos de queja, aunque á la industria particular se le brinde con protecciones más ó menos valiosas.

Cuando Dios da, da para todos, dice el refrán.

Pues bien, repártanse esos barcos que hay que construir entre los arsenales del Gobierno y los de los particulares, y así cumplirá el ministro el doble deber de atender á los arsenales propios y proteger á los ajenos.

Y si entre éstos alguno es dominado por la ambición y pide más, sírvale de castigo, pensar que en esto no valen influencias por valiosas que sean para torcer los pensamientos de justicia que abraza el Sr. Pasquín.

Otra vez á vuelta el anarquismo á dar señales de vida.

El último atentado se ha cometido en una modesta casa de huéspedes en condiciones bien extrañas.

Un hombre preséntase un día en un hotel y alquila un cuarto. No conduce equipaje alguno, pero en el bolsillo interior de la americana lleva una máquina infernal que con el más leve choque